

614369000004

CES-XIX

761

ELLAS Y NOSOTROS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

original de

D. JOSÉ MARÍA DE BARRERA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion
por la Junta de censura de los teatros del Reino en
22 de Enero de 1852.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Febrero de 1852.

PERSONAS.

ACTORES.

EMILIA.	<i>Doña Josefa Palma.</i>
TOMASA.	<i>Doña Concepcion Sampelayo.</i>
DON CARLOS.	<i>Don Manuel Catalina.</i>
DON RAMON.	<i>Don José Albalat.</i>
DON MIGUEL.	<i>Don Manuel Sorzano.</i>

La accion pasa en Madrid, en casa de don Miguel.

Esta comedia pertenece á la Galeria Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de sus editores los Sres. *Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso la reimprima ó represente en algún teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA.

La buena ejecucion de esta comedia mas que su corto mérito ha hecho tal vez que haya obtenido la benevolencia del público y de la prensa. Asi, que al dedicarle á V. mi obra no tengo otra pretension que la de ofrecerle una pequeña muestra del afecto que le profeso.

Sírvase V., pues, admitirla y téngala en algo, no por lo poco que en si misma vale, sino porque como dice un autor francés: «El libro de un amigo, es un amigo,» y ninguno lo es de V. tan sincero como su afectisimo S. S.

Q. B. S. M.

José María de Larrea.

AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA.

11.2.4.0

Acto primero.

Sala en casa don Miguel.

ESCENA PRIMERA.

DON MIGUEL. EMILIA. TOMASA.

Miguel.

Es decir que de tu error
no hay de convencerte medio?
Que obedecerme no quieres?
Que tienes formal empeño
en desesperarme?

Emilia.

Yo?

Miguel.

Tú, claro está.

Emilia.

No por cierto.

Bien sabe usted, padre mio,
que complacerle deseo
en todo cuanto...

Miguel.

En todo, eh?

Emilia.

En todo... menos en eso.

Miguel.

Pero di. Ese matrimonio,
no es ventajoso en extremo?

Es muy rico don Ramon,
no es tampoco ningun viejo,
y te quiere... Has de quedar
viuda siempre? No lo espero,
que eres muy jóven aun.

Tomasa.

Tú no quieres darme nietos?
Te fue tan mal con el otro
marido?

Emilia.

Tan mal no... pero...

Miguel.

Vamos, que diga tu prima
á ver si ella en tu puesto

no se casará... Es verdad,
Tomasá?

Tomasá. Yo?... Ay! sí; al momento.

Prima, no te hagas de pencas,
mira que se pasa el tiempo
en un soplo, y si á los treinta
no se casa una... *laus deo.*
Digalo yo, que en mis quince
no quise doblar el cuello
á la coyunda nupcial,
y ahora en vano me arrepiento.

Miguel. Si acaso tu resistencia
nace de que ya otro empleo
has dado á tu corazón,
yo quiero que me des yerno,
lo mismo me da uno que otro.

Don Ramon es algo feo,
es decir, no es muy bonito.
Si no te gusta, y por eso
He adivinado?

Emilia. No, tal.

Bien sabe usted que no quiero
á nadie, y que le he rogado
que no me hable en ningún tiempo
de casarme.

Tomasá. Quieres ser
monja?

Emilia. No; pero he resuelto
no querer á ningún hombre.

Tomasá. Por qué?

Emilia. No hay ninguno bueno.

Tomasá. Ave Maria purísima

Miguel. Emilia, has perdido el seso?

Emilia. Yo sé bien lo que me digo.

He visto muchos ejemplos
de mugeres desgraciadas
que á hombres ingratos quisieron,
he visto que el matrimonio
es para ganar el cielo
la penitencia mejor,
y ser tan santa no quiero.

Miguel. Vaya! Pues si tu opinion

- tuviera todo tu sexo
pronto se acababa el mundo.
- Emilia.* Un año de casamiento
me ha enseñado lo bastante.
- Miguel.* Fuiste infeliz, no lo niego:
él te doblaba la edad.
Mas vuelve á casarte, al menos
para saber lo que va
de esposo joven á viejo.
- Emilia.* Ya he dicho que...
- Miguel.* Es buena tema!
- Tomasa.* Pero, prima, por San Pedro,
dime... entre todos los hombres?...
Emilia. No se halla uno solo bueno.
- Tomasa.* Jesus! No digas blasfemias!
Dios hizo el hombre primero
á su imagen.
- Emilia.* Pues se ha ido
la semejanza perdiendo,
sin duda, que ya en muy poco
se parece á su modelo.
En fin, yo no he de casarme
sino hallo un hombre primero
que me demuestre que son
mejores los de su sexo
que nosotras; y como esto
es muy difícil, me temo
que he de morir viuda.
- Miguel.* Vamos!...
Apuras mi sufrimiento
con esas...

ESCENA II.

DON RAMON. — DICHOS.

- Ramon.* Felices dias.
- Miguel.* Téngalos usted muy buenos.
- Ramon.* Parece que no está usted
de buen humor.
- Miguel.* Ya lo creo.
Esta hija ha de quitarme

- la vida.
- Ramon. Qué, Emilia?
- Miguel. Cierto.
- Ya sabe usted la manía en que ha dado hace algún tiempo.
- Ramon. La de aborrecer los hombres?
- Tomasa. Extraña manía!
- Ramon. Creo que no es usted de la misma opinión?... Pues yo confieso que estoy más por la de Emilia.
- Tomasa. Crea usted que no comprendo...
- Miguel. Ah! los hombres!
- Ramon. Si; los hombres!...
- Mas las mugeres!... Prefiero las mugeres. Siempre fui yo de aquellos que dijeron.
- Tomasa. Qué?
- Ramon. Los hombres con los hombres, y las mugeres...
- Tomasa. Si; pero...
- Ramon. Y las mugeres conmigo.
- Tomasa. Ya!
- Ramon. Pues!
- Miguel. Si; pero es el hecho que con usted no se casa Emilia, como primero no logre usted convencerla y sacarla de su yerro, probándola que los hombres son y han sido en todo tiempo mejores que las mugeres.
- Ramon. Y entonces paga mi afecto, y me concede su mano?
- Miguel. Sí.
- Ramon. Pues délo usted por hecho.
- Emilia. Qué, piensa usted convencerme, don Ramon?... Admito el reto.
- Prepare usted su elocuencia.
- Ramon. Poco á poco: no pretendo convencerla á usted yo mismo.
- Emilia. Pues cómo?

Ramon.

Por un tercero

19

en discordia.

Don Ramon!

Miguel.

Ramon.

Me ha deparado hoy el cielo
el encuentro de un amigo,
á quien conocí hace tiempo
calavera como él solo,
amante del bello sexo
como ninguno, y que ahora
es totalmente el reverso
de la medalla: hombre, en fin,
siempre formal, siempre serio,
aunque á veces ciertos rasgos
revelan su antiguo genio.
Pero lo mas singular
es el aborrecimiento
que profesa á las mugeres.
Dice que no hay un ejemplo
de muger firme, leal:
que todas tienen el cuerpo
y el rostro de angel, y el alma
mas negra... y que siempre fueron
los hombres victimas suyas:
que nosotros fieles, tiernos,
las amamos, y ellas pérfidas,
cariño y pasion mintiendo,
nos venden y nos engañan;
y... qué sé yo!... Es un portento
el oirle hablar! Dice cosas
que, mire usted, no estan lejos
de la verdad... Qué! si á mí,
á pesar del mucho afecto
que profeso á las señoras,
y á usted sobre todo extremo,
me ha hecho conocer que somos
todos los del sexo feo
angelitos con bigotes;
de manera que yo espero
que ha de convencerla á usted
del mismo modo.

Yo creo

Emilia.

que usted se burla!... ¿Ese hombre...

Ramon.

Emilia.

Usted le oirá.

¿Luego es cierto?

que existe un hombre capaz
de atribuir á mi sexo
toda la maldad del suyo?

¿No estan los hombres contentos
de tenernos como esclavas,
nuestra cadena encubriendo
con las engañosas flores
de sus pérfidos obsequios,

sino que, rota la valla
de su fingido respeto,

nos calumnian, y hacen galanías
¡Dios mio! de aborrecernos?

Su amigo de usted no tiene
corazon, es un perverso!

Ramon.

Pues mire usted, yo pensaba
traerle aqui, con el objeto

de que le arguyera usted,
pues tal vez con su talento

quedara usted victoriosa,
y él convencido cual reo

de lesa galanteria.

Emilia.

Traerle aqui? No por cierto.

Un hombre tan obcecado
Ya sin verle le aborrezco.

— Pero, tiene usted razon: con
traigale usted, que deseo

ver yo misma lo que pueden
las razones de tanto peso,

y procurar convencerle
por honor de nuestro sexo.

Ramon.

Pues que usted da su permiso,
voy á buscarle. Há un momento

que le deje en el café
de enfrente... (Eh? Qué tal?)

(Bajo á don Miguel.)

Miguel.

(Lo apruebo.)

Voy á escribir unas cartas
mientras usted...

Ramon.

Hasta luego.

ESCENA III

EMILIA. TOMASA.

Emilia. Has oído, prima mía?

Tomasa. No estás como yo admirada?

Emilia. Yo no me admiro de nada.

Tomasa. Ni aun de eso?

Emilia. Qué tontería!

Y con esa estóica calma
viéndonos así ofender

estás? O no eres muger.

Tomasa. ¿O no tienes alma?

Tomasa. Es que tú...

Emilia. Pues qué, no quieres

que tal rareza me asombre?

Es posible que haya un hombre

que aborrezca las mugeres?

Tomasa. Y por qué no le ha de haber,

si con un capricho igual

los hombres en general

juraste tú aborrecer?

Emilia. No es igual.

Tomasa. Pues me parece...

Emilia. Debe hacerse distincion

entre el que odia con razon,

y el que sin causa aborrece.

Y es mas justo á lo que infiero,

y esto lo verá el mas bobo,

odiar el cordero al lobo

que odiar el lobo al cordero.

Ellos son nuestros tiranos,

y nuestras cadenas doran

fingiendo que nos adoran

muy finos, muy cortesanos.

Pero yo por mi no dudo

de que, siendo ellos los reyes,

para nosotras sus leyes

son las leyes del embudo.

Sin reparar en el modo

dan al honor falsos nombres,

y solo porque son hombres

Amalia.
Emilia.

tienen bula para todo.
Pregonan de la muger
la grande fragilidad
y la asedian sin piedad:
si logran ellos vencer
ya por débil la desprecian;
sino logran su esperanza
la calumnian en venganza,
y de lo que no es se precian.
Con que en las causas de amor,
con leyes bien desiguales,
son ellos parte, fiscales
y jueces de nuestro honor.

Tomasa.

Todo eso es verdad, si tal;
pero yo por mí, qué quieres,
no me gustan las mugeres:
siempre me he llevado mal
con ellas. Entre nosotras
mucho amor, muchos extremos,
mucho... y nunca nos podemos
ver las unas á las otras.

Emilia.

Pero ese hombre va á venir
al punto con don Ramon
y debo... (*Mirándose á un espejo.*)

Tomasa.

(*Qué presuncion!*)

Emilia.

Prima, me voy á vestir.

Tomasa.

Lo que somos las mugeres!

Aunque no le puedes ver,

te vas por él á poner

de veinticinco alfileres.

Emilia.

No es que me quiera adornar

por él, sino que debemos...

Tomasa.

Pues, sí... Que todas tenemos
el prurito de agradar. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

DON RAMON. DON CARLOS.

Carlos.

Quieres decirme por qué es
tu empeño en traerme á esta
casa?

- Ramon. Por qué ?
 Carlos. Sí; por qué ?
 Ramon. Es... porque quiero que veas
 à mi futura.
 Carlos. ¿Y à mí,
 qué me importa...
 Ramon. Oh! que es muy bella!
 Te ha de gustar.
 Carlos. A mí?
 Ramon. Cierto.
 Carlos. Tú has perdido la cabeza.
 Basta que sea muger...
 Ramon. Para que tú la aborrezcas ?
 Ya lo sé; pero es tan linda...
 Carlos. Cuanto mas lindas, mas pérfidas...
 Ramon. Hechas son sus dos megillas
 de rosas y de azucenas...
 Carlos. Pues; las rosas en el rostro,
 y las espinas...
 Ramon. Qué cejas!
 qué cabellos!
 Carlos. Lazos son
 en que tú incauto te enredas.
 Ramon. Y los labios!
 Carlos. Siempre mienten.
 Ramon. Qué ojos! Qué mirada aquella!
 Carlos. Veo que estás rematado,
 pobre Ramon.
 Ramon. Por extrema
 aversion que à las mugeres
 profeses, Carlos, confiesa
 que sus gracias...
 Carlos. Tentaciones
 que el demonio puso en ellas.
 Ramon. Dios mio, y qué tentaciones!
 Permita Dios que me vea
 tentado...
 Carlos. Del diablo? Ya
 lo estás bastante. Babieca,
 te vas à casar? Estás
 desesperado? Cogieras
 un cordel y à la garganta...

- Ó en el Canal... Mejor fuera que no lo que vas á hacer.
- Ramon. Carlos, el odio te ciega; y yo...
- Carlos. Ven acá, infeliz. ¿No te ha ocurrido la idea de que después de casado, esa esposa que tan bella me pintas, puede gustarle á otro tambien? La belleza gusta á todos.
- Ramon. Es verdad; mas con tal que ella me quiera á mi solo.
- Carlos. A ti?... Corriente. Pero supón que suceda lo contrario, y que otro...
- Ramon. ¡Cáspita! Hombre, vaya unas ideas!... Eres capaz de asustar... Pero nada; ya tengo hecha intencion y... pecho al agua! Me caso. Es decir, aun queda por conseguir lo mejor.
- Carlos. Qué?
- Ramon. Que la novia me quiera.
- Carlos. Con que ahí estas todavía?
- Ramon. Ramon, gastas linda flema. Y tal vez otro mas listo...
- Ramon. Eso no.
- Carlos. Confianza es esa que yo no tendria.
- Ramon. No?
- Ramon. Pues yo sí: puedo tenerla.
- Carlos. Tú adorada no es mujer?
- Ramon. No.
- Carlos. No?
- Ramon. Digo, sí.
- Carlos. Es problema?
- Ramon. No tal; sino que aunque es una mujer hechicera, por lo que toca á querer

Carlos.

Ramon.

no es muger, es una peña.

Para tí?

No; para todos.

La misma opinion profesan
de los hombres; y lo mismo
habla mal de ellos y piensa
que haces tú de las mugeres?

Carlos.

Qué me dices? Esa es buena!

Con que hay muger tan injusta
que de nosotros se atreve
á hablar mal? Es inaudito!
Que hablemos nosotros de ellas
ya se comprende mejor.

Yo que en bien triste experiencia
aprendí á desconfiar

de sus mentidas promesas,

que anduve de flor en flor,

es decir, de bella en bella,

sin encontrar una sola

fiel, enamorada, tierna

que al fin de mi corazón

se fijase la inconsecuencia,

qué extraño es que ahora me queje?

pero que se quejen ellas!

Ramon.

Pues voy á decirte, Carlos,

lo que mi amistad desea

de ti.

Carlos.

De mí? Qué es? Sepámos.

Ramon.

Que de su error la convenzas.

Porque una vez convencida,

una vez que no aborrezca

ya á los hombres....

Carlos.

Te querrá?

Ramon.

Sí.

Carlos.

Niego la consecuencia.

Ramon.

Es que el padre me protege,

y en cuanto su aversion venza

al matrimonio, conmigo

la casa.

Carlos.

Ya; pero fuera

vil accion en mí ayudarte

á cometer tal simpleza.

Ramon.
Carlos.

Ramon.
Carlos.

Miguel.

Mejor fuera tu padrino
si un duelo á muerte tuvieras,
ó asistiria á tu entierro,
rezando el *requiem eternam*
por tu alma, si de repente
al otro mundo te fueras.
Gracias! prefiero casarme.
No sabes lo que te pescas.
En fin, si estás empeñado...
Cada loco con su tema.
La mia es de no ser mas
juguete de una coqueta,
que mi cariño en incienso
para su orgullo convierta:
de no lisonjear mas
los oidos de una necia,
que, aunque al parecer me escuche,
mis palabras no comprenda:
de no dedicar la fé
de una pasion verdadera
á alguna estatua de marmol,
que de corazon carezca:
de no volver á creer
en sus pérfidas promesas,
ni en lágrimas femeniles,
que nunca son verdaderas;
en fin, de huir las mugeres,
de no volver á quererlas,
ni ser otra vez tan tonto
que me deje engañar de ellas.
Pero á mi me ayudarás...
A casarte?... No lo creas.
Para siempre me estaria
remordiendo la conciencia...
A Dios, á Dios.

ESCENA V.

DON MIGUEL. — DICHOS.

Buenos dias,
señores.

Ramon.

(Pues si no acierta
don Miguel á venir...)

Miguel.

Hola!

Carlos.

Es el señor quien?...

(Paciencia!

Ramon.

Me cogieron... vaya en gracia!)

Carlos.

El amigo de quien esta
mañana hablé á usted, don Carlos...

Miguel.

Servidor...

De usted espera,

señor don Carlos, un padre

la mas señalada prueba...

Ya don Ramon le habrá dicho...

Carlos.

Sí... (Pues me gusta la idea!

Yo acordando voluntades!)

Miguel.

Y aunque es Emilia muy terca,

y está en su error obstinada,

yo confio en su elocuencia...

Carlos.

Mi elocuencia es pobre cosa

para lograr convencerla;

y luego que sino quiere

casarse ¿por qué...

Miguel.

Pues vea

usted lo que yo deseo,

lo que mas el alma anhela,

que se case, si señor;

y tener media docena

de nietos, así... chiquitos,

que en mi vejez me entretengan.

Que el uno de ellos montado

á caballo en una pierna

me tire de los bigotes,

y el otro haciendo monteras,

y pájaros de papel,

y el otro dando mil vueltas...

Y yo jugando con ellos

hecho un muchacho... Esa, esa

es mi idea favorita.

Pues, y mi Emilia se empeña

en que no he de ser abuelo...

Pero usted hará...

Carlos.

Yo?

Miguel.

Es fuerza.
Usted la ha de convencer.

(Llamando.)

Emilia...

Ramon.

Carlos, emplea
toda tu...

Miguel.

Díjala usted

que los hombres son... y que ellas...
y nosotros... y que... En fin,
usted sabrá...

Carlos.

Si. (Paciencia!)

ESCENA VI.

EMILIA. TOMASA. — DICHOS.

Emilia.

(Bella presencia!... Obcecado
cómo estará en tal mania?)

Carlos.

(Pues es preciosa, á fé mia!
Cómo en tal yerro habrá dado?)

Ramon.

El amigo de que hablé
á usted antes...

Emilia.

(Saludándote.) Caballero...

Carlos.

Beso sus pies.

Ramon.

(Oh! yo espero...)

Miguel.

Creo que mi hija y usted
son de opuestos pareceres;
es decir, cuestion de nombres:
ella censura á los hombres,
censura usted á las mugeres.

Discútanse pues así

tan contrarias opiniones,
y cada cual con razones
defienda su causa aquí.

Emilia.

(Dios mio, dadme paciencia
para poderle escuchar!)

Carlos.

(No sé si podré aguantar...
Dios mio, dadme prudencia!)

Ramon.

Con que...

Carlos.

Esta señora debe...

Emilia.

No tal; este caballero...

Miguel.

Alguno ha de ser primero.

Vamos, habla tú, y sé breve.

(A Emilia.)

Emilia. Advierto que mis verdades
nadie tome para sí,
que cuanto yo diga aquí
serán generalidades.

Carlos. Hago prevencion igual
porque nadie aquí se ofenda,
que cuando yo hable se entienda
que hablo solo en general.

Miguel. Pues empieza. (A Emilia.)

Ramon. Ea! atencion.

Miguel. Y usted sin reparo arguya...

(A don Carlos.)

Emilia. Sí; siempre que con la suya
no esté acorde mi opinion...

Carlos. Corriente.

Emilia. Usted, que lo estrañe
permita, cree que en amores
son los hombres los mejores?
Posible es que así se engañe?
Si Dios creó la muger
toda amor, toda ternura,
y amor es nuestra ventura,
la esencia de nuestro ser;
si de este afecto profundo
nos rebosa el corazon,
y es solo amar la mision
que trae la muger al mundo,
cómo se puede probar,
por mas que truequen los nombres,
que puedan tener los hombres
mas aptitud para amar?
Ellos que siempre ocupados
de politica, de guerra,
de cuanto existe en la tierra,
de nosotras olvidados,
entre tanta confusion
no nos suelen reservar
mas que el último lugar
tal vez en su corazon.
Carlos. El último?... A Dios pluguiera!

Mas con locas ilusiones
siempre es de nuestras acciones
la muger causa primera.
Por ellas de varios modos,
con avidez importuna,
en pos de gloria ó fortuna
gastamos la vida todos;
y es una triste verdad
que reconocer debemos,
que por ellas cometemos
tanta y tanta necedad.

Quién, sino, fuera tan zote
que sin tino ni consejo
gastara una hora al espejo
para atusarse el bigote?

Quién diera tormento al talle?

Quién á la moda acatará?

Quién de ir siempre se cuidará
muy derecho por la calle?

Y quién, para terminar,
dando á una alfombra tormento
reasumió su talento
en los pies para bailar?

Mas ya se ve, es de rigor,
porque siempre el sexo hermoso,
que es frivolo y caprichoso,
se paga del exterior.

Emilia.

Lo de frivolo le aviso
que al suyo tambien conviene.

Y luego, hay hombre que tiene
mas presunción que Narciso.

Hay mas de un lindo don Diego
que se juzga irresistible,

y piensa que no es posible
verle sin amarle luego.

Carlos.

Pues si una niña discreta
llega á preciarse de hermosa,
son una agradable cosa
los dengues de una coqueta!

Quién soporta su arrogancia?

Y adónde me deja usted
en las mugeres...

Emilia. El qué?...
Carlos. El qué?... Su poca constancia.

Hoy le alzarán á uno un templo,
 y mañana si te vi
 no me acuerdo. No es así?
Emilia. Ustedes nos dan ejemplo.
 Con mudanzas veleidosas
 vuelan de uno en otro amor,
 como van de flor en flor
 volando las mariposas,
 y quieren que siempre amantes
 nosotras...

Carlos. No convenimos.

Emilia. Qué?

Carlos. De ustedes aprendimos

á ser tan poco constantes.

Emilia. De nosotras? Hay tal tema!

Carlos. Viendo que menos merece
 el que es mas fiel, me parece
 que no es extraño...

Emilia. (Me quemá!)

Pues en quién hay mas mudanzas,
 si ustedes que son rendidos,
 galantes y comedidos
 mientras viven de esperanzas,
 apenas ven un momento
 correspondido su amor,
 truecan en hielo el ardor,
 y en orgullo el rendimiento?

Y tanta su veleidad
 es, que, sin temor de Dios,
 tienen siempre al menos dos,
 no estan bien con la unidad.

Carlos. Vuelvo yo ahora por pasiva
 la oracion, y la pregunto
 sin que tome en este asunto
 mis palabras por diatriva:
 ¿No hay coqueta que en amor
 blasonando de Lucrecia
 de mas conquistas se precia
 que Jaime el Conquistador?
 ¿Y pródiga de sonrisas

y de promesas constantes,
no hay muger que muda amantes
como si fueran camisas?

Emilia. Los hombres todo lo doran.
Tontas las que de ellos fien!

Carlos. Y ustedes siempre se rien
de los que mas las adoran.

Emilia. Ellos son falsos, ingratos.

Carlos. Pues no son ellas mejores.

Emilia. Y aquellos son los peores
que parecen mas pacatos.

Carlos. Regla general.

Emilia. (Me cansa!)

Carlos. Y, sin que parezca plagio,
ya sabe usted el adagio:
guárdate del agua mansa.
Viendo una muger gazmoña
huyo el cuerpo, por mi vida,
que es tal vez mas aguerrida
la que parece visóna.
En fin, para qué cansar?
Si dijera cuanto siento
en esta materia, el cuento
fuera de nunca acabar.
Reasumiré mi opinion:
aunque haya otros pareceres,
para mí son las mugeres
las plagas de Faraon.
Mi poca galantería (A Emilia.)
usted disimulará,
pues antes dijimos ya
que abstraccion aquí se hacia
de personas. Y mirando
á la luz de la razon
esta mi estraña opinion,
quién no ve, considerando
cuanto viene á suceder
de amor en la impía guerra,
que no hay tormento en la tierra
mayor que el de una muger?
Si es jóven, ha de adornarse:
si bella, se ha de engreir:

si fea, ha de presumir;
 y si vieja, ha de pintarse;
 si es fria, un mármol parece;
 muy cariñosa, fastidia;
 la amable, encubre perfidia;
 y la altiva, se enfurece;
 si es muy sabia, á quién no asombra?;
 y si necia, quién la sufre?;
 si es celosa, toda azufre
 riñendo hasta con su sombra;
 si es hipócrita, empalaga;
 si caprichosa, es temible;
 si orgullosa, es insufrible;
 y si coqueta, ya es plagal...
 En fin, para qué prosigo?
 Baste decir al intento
 «que aun no cabe lo que siento
 en todo lo que no digo.»
 (Qué pico!)

Tomasa.

Ramón.

Miguel.

Emilia.

Yo bien decia...
 Qué respondes? (A Emilia.)

(Ciega estoy
 ya de despecho.) Que hoy
 confirmo la opinion mia
 de odiar á los hombres, si;
 que á las mugeres prefiero
 aunque ahora este caballero
 las ha calumniado aqui:
 que bien responder pudiera
 y dejarle confundido;
 mas fuera tiempo perdido,
 porque no le convenciera.
 Y pues con tal odio viene
 de mi sexo y del amor,
 con que prosiga en su error
 bastante castigo tiene. (Vase.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos EMILIA.

Ramón.

Miguel.

Picada va.

Muger es,

Tomasa.
Carlos.

y viendo que ya perdía su causa, prefirió huir á confesarse vencida.
Pues creo que aun va en sus trece.

Carlos.

Difícil es persuadirla.
Mas fácil fuera hacer ver á un necio su tontería,

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

Carlos.

Tomasa.

separar á un jugador que pierde de la partida, corregir á un embustero, ó hacer valiente á un gallina,

que sacar de la cabeza á una muger sus manías.
Con todo, yo espero que á dos ó tres embestidas la has de hacer capitular.

Ciertamente; usted se sirva tener por suya esta casa, hónrenos con sus visitas, y...

Pero yo... Nada, nada...

Usted ha de hacer que mi hija dando oídos á la razón, de sus caprichos desista.
Ahora sígueme, Tomasa: veremos cómo se esplica, si es que se fue disgustada, ó es que está ya convencida.
(Vase don Miguel.)

ESCENA VIII.

DON CARLOS. DON RAMON. TOMASA.

Tomasa.

Caballero, aunque lo estrañe, permita usted que le diga que son en todo conformes su opinion de usted y la mia. Aunque soy muger...

Ramon.

(Pensando piadosamente.)

Tomasa.

Me admira

que ninguna á nuestro sexo
quiera que se haga justicia.

Por qué no reconocer
que la falsedad, la envidia
viven siempre con nosotras
en paz y buena armonía?

Dónde hay cosa mas graciosa
que estar viendo dos amigas
del alma, despues de darse
un beso en cada megilla,
cuál se tiran á degüello
con la mayor cortesía?

—Qué buen color tienes hoy!
dice la una, estás divina...

y añade para su sayo:

gracias á la drogueria.

—Pues tú tienes hoy un talle...

al punto la otra replica,

y añade para sí: gracias
al corsé y á la modista.

Ya que entre si se han mordido,

emprenden luego la critica

de todas cuantas conocen.

—Viste ayer á Carmencita?

con el hijo del marques?

—No me hables de la tal niña?

qué coqueta!—Pues y Julia?

—Jesus! y qué tontería!

Piensa que la quieren todos.

Dónde dejas á Pepita,

que se ha casado?—Buen gusto

tiene el marido!—Es un quidam.

—Y la baronesa?—Has visto?

Tan vieja y tan presumida!

Y asi van una por una

pasando á todas revista.

Habla usted como un oráculo.

Es que he sido yo la victima

muchas veces: en teniendo

algun mérito, quién libra

de ser murmurada? A mi

Ramon.

Tomasa.

- siempre me han tenido envidia.
 Por supuesto!
- Ramon. Si señor.
 Tomasa. (A quién no le causa risa...)
 Carlos. Por eso prefiero yo
 Tomasa. á los hombres, que en la vida
 se han ocupado de mí.
- Ramon. Pues claro está. ¿Cómo habian
 de...
 Tomasa. Porque son mas corteses.
 Yo, aunque no soy una niña,
 aun tengo mi alma en mi cuerpo,
 y... Pero ya distraida
 olvido que... Con permiso...
 (Qué buen mozo!) (Mirando á don Carlos.)
- Ramon. Hasta la vista.

ESCENA IX.

DON CARLOS. DON RAMON.

- Carlos. Oiste?
 Ramon. Como esta hay pocas
 que de su sexo hablen mal.
 No te ha admirado?
- Carlos. No tal.
 Si al cabo todas son locas.
 Esta tiene esa manía...
- Ramon. Asi Emilia como ella...
 Qué te ha parecido?
- Carlos. Bella!
 Ramon. Te gusta, pues?
 Carlos. Si, á fé mia.
 Ramon. Pues si en tí se cumple aquello
 de: no hay gusto sin amor...
- Carlos. Cómo!... Me gusta, en rigor,
 como nos gusta lo bello.
 Como si una estatua fuera
 obra de diestro cincel,
 ó un cuadro de Rafael,
 de Murillo, ó de Rivera.
 Mas yo amarla? Juzgas mal:

- Ramon.* no amar á ninguna juro.
 Pues siendo así, estoy seguro
 que no has de ser mi rival.
 Pronto con tu mediacion
 creo que este matrimonio...
Carlos. Tentado estás del demonio!
 Lástima me das, Ramon.
 Qué al fin te vas á casar?
Ramon. Ya rabio por ser casado.
Carlos. Tú estabas predestinado;
 no te quiero contrariar.
 En cuanto á mi, buen provecho!
Ramon. Siempre célibe has de ser?
Carlos. No me quiero yo meter
 en callejon tan estrecho.
 Tu futura es hechicera,
 mas por mi parte renuncio...
 Yo mugeres?... Abrenuncio!
 Dios se las dé á quien las quiera!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMON. DON MIGUEL. TOMASA,

Ramon. (Entrando.) Buenas tardes, Tomasita.

Tomasa. Muy buenas. (Chisgaravis.)

Ramon. (Vieja verde.) Buenas tardes.

Miguel. Y qué tal efecto, en fin,
ha hecho mi proyecto? Emilia
se empieza ya á persuadir?
Ramon. La ha convencido mi amigo?
Podré esperar que...

Tomasa. Sí, sí:
ha tenido usted un acierto...

Ramon. Cómo?...

Tomasa. Ocurriencia feliz!

Ramon. Pero qué?...

Tomasa. Si usted con ella
se propuso conseguir
que Emilia le aborreciese,
ha acertado usted; mas si
se propuso que le amara,
no ha dado usted en el *quid*.

Miguel. Muy enojada está Emilia
de que haya usted traído aquí
á ese don Carlos, de quien
no quiere ya ni aun oír
hablar. Ya se ve, ofendida
su vanidad femenil...

Ramon. Qué dice usted?

Tomasa.

Pues ; que está furiosa.

Ramon.

Y yo que creí !...

Tomasa.

Pero no tiene razon ;
que es preciso convenir
en que el tal don Carlos es
caballero muy gentil,
muy guapo , muy elegante,
y... No es verdad , tío ?

Miguel.

A mi
tambien me ha gustado mucho ;
mas por no dar que sentir
á Emilia , será preciso
que no vuelva por aqui.

Ramon.

Por vida ! Y yo que creyendo
con su ayuda conseguir
ese consorcio anhelado
de mi amor premio feliz,
le hice prometer que ahora...
Ya no tardará en venir...
Ya se ve , como usted mismo
le dijo que...

Miguel.

Yo debí
hacerlo : él se lo merece ;
y yo esperaba que al fin...
Qué compromiso !

Ramon.

Miguel.

Bien sé
que le debo recibir ,
y será hacer otra cosa
quedar como hombre incivil,
grosero ; pero si Emilia...

ESCENA II.

EMILIA. — DICHOS.

Emilia.

No hay que apurarse por mí.
Has oído ?...

Miguel.

Emilia.

Miguel.

Si señor.
Ahora ha quedado don Carlos
en venir , yo le he ofrecido
la casa ; pero si al cabo

su visita esta mañana
tal disgusto te ha causado ,
no volverá á incomodarte.
Veré de salir del paso
del mejor modo... Usted mismo
(A don Ramon.)
puede ir...

Emilia.

No es necesario.
Puede venir á esta casa
su amigo de usted don Carlos
cuando quiera.

Miguel.

Emilia.

Tomasa.

A gusto tuyo ?
Por qué no ?

Pues no has jurado
no volverle á ver ?

Emilia.

Sí tal ;
pero fue en un arrebato
de cólera , en un momento...
Cierto que me ha disgustado
su aversion á las mugeres ,
su terquedad... Mas si al cabo
tampoco en la opinion mia
retrocedo yo ni un paso ,
me he convencido de que es ,
todo bien reflexionado ,
injusto el culpar en él
lo mismo que yo...

Tomasa.

(Qué cambio
tan repentino !)

Emilia.

De modo
que aunque venga , no tocando
á la cuestion de antes , creo
que le podré sufrir.

Ramon.

(Bravo !

(Bajo á don Miguel.)

Miguel.

Lo ve usted ? Ya capitula.)

(Es verdad.) (Lo mismo.)

Que hayas cambiado

de parecer me complace :
ese jóven es muy guapo
y hubiera sentido hacerle
un desaire : me ha ganado

la voluntad. — Don Ramon ,
vamos á jugar un rato
al ajedrez?

Ramon.

Como usted
guste.

Miguel.

Si , á ver si hoy le gano
tambien.

Ramon.

Si juega usted mas...

Miguel.

Le daré una torre.

Ramon.

Aun cuando
me diera usted torre y reina,
perdiera : soy desgraciado
en el juego.

Tomasa.

Será usted
en amor afortunado.

Ramon.

Ay! tampoco!... Ya ve usted.

Emilia.

Y si viniese don Carlos?

Miguel.

Bien ; le recibís vosotras.

Siendo el enemigo nato

de las mugeres , bien puede

un padre estar descuidado

aunque acompañe á sus hijas.

Ramon.

Pues , hasta luego.

Tomasa.

Agur.

Miguel.

Vamos.

ESCENA III.

EMILIA. TOMASA.

Tomasa.

Deja , prima , que me asombre ;

tal mudanza en un momentol

Pues no has hecho juramento

de no ver mas á ese hombre?

Vamos , confíesalo , sí:

aunque te haya contrariado,

su presencia te ha gustado.

(Tambien me ha gustado á mi.)

Con placer vuelves á verle.

Emilia.

Qué dices? Con placer yo?

Tú crees que he cambiado? No :

solo puedo aborrecerle.

Tú le viste tambien necio ,
al par que el suyo ensalzando ,
nuestro sexo calumniando
con irritante desprecio.

Tú viste que á sus sofismas
oponiendo mis razones,
combati sus conclusiones
casi con sus frases mismas.

Y al cabo , no derrotada
por su firme persuasion ,
mas de tanta obstinacion
y tanta ofensa irritada ,
el campo le abandoné ,
y á solas en mi aposento
tributo á mi sentimiento
con mis lágrimas pagué.

Lloré de ver que hombre había
en el mundo tan injusto !
Y quieres tú que con gusto
le vuelva á ver , prima mia ?
Pues qué , tanto mal te ha hecho ?
Bah ! Si lloraste , en rigor
mas que llanto de dolor ,
fue aquel llanto de despecho.

Que es preciso confesar
que el tal don Carlos lo entiende ,
y tu amor propio se ofende
de verse así contrariar.

Mas si te inspira aversion
no sé por qué has de querer
volverle de nuevo á ver :
es una contradiccion.

Emilia. No sin motivo deseo
volver otra vez á verle.

Tomasa. Esperas aun convencerle ?
Pues muy difícil lo creo ,

Emilia. que hoy fue suya la victoria.
Pues eso quiero impedir ;
el que pueda ese hombre ir
diciendo con vanagloria ,
que logró osado al amor
y á mi sexo escarnecer ,

sin hallar una muger
que castigara su error.

Tomasa. ¿Mas cómo piensas lograr...
Explicame.

Emilia. He proyectado...
Mas de oír lo que he pensado
sé que te vas á asombrar.

Tomasa. Habla. Jesus! Ya me muero
por saberlo.

Emilia. Ave Maria!
Tal deseo...

Tomasa. Si á fé mia!
¿Pues qué interes... Yo no infiero...

Emilia. Con qué no? Qué ceguedad!
Eres muger, y no infieres
lo que puede en las mugeres
la santa curiosidad?

Tomasa. Ya!... ¿Con qué era...
Vamos, di.

Emilia. Ya que te expliques espero...
Vamos, habla!

Pues bien, quiero...
que se enamore de mí.

Tomasa. ¿Qué dices!

Emilia. Esta esperanza
en mi corazón abrigo:
este ha de ser su castigo,
esta ha de ser mi venganza.

Tomasa. No comprende...

Emilia. Es el amor,
según dicen, rencoroso,
y al que le huye cauteloso
maltrata con más rigor.

No sirve desconfiar,
porque es de malicias centro,
y á aquel que evita su encuentro
le viene él mismo á buscar.
Dicen que no hay resistencia
contra él; yo quiero saber
si es verdad, y voy á hacer
en don Carlos la experiencia.
Voy pues con él á fingir

que estoy de todo olvidada,
 y aun me mostraré inclinada
 á dejarme persuadir.
 Esto siempre halagará
 su orgullo, ya sin enojos
 me mirará, y en mis ojos
 falsa atracción hallará.
 Si el que adora con fê ardiente
 no halla siempre igual amor,
 y si es amado mejor
 el que menos amor siente.
 ¿Quién duda que he de lograr,
 por mucho que se defienda,
 en tan desigual contienda
 la victoria? Oh! Me ha de amar!
 Ya cautelosa tambien
 daré á su fuego alimento,
 ya le apagaré un momento
 con el hielo del desden.
 Ya me verá en su favor
 interesada, ya esquivá,
 y entre tanta alternativa
 sufriendo crece el amor.
 Y cuando ya el suyo necio
 de declarar halle modo,
 entonces sufrirá todo
 el peso de mi desprecio.
 Así á un tiempo vengaré
 de mi sexo las ofensas
 y las mias.

Tomasa.

Cómo! Piensas

hacer eso?

Emilia.

Sí; lo haré.

No en disuadirme te afanes.

Tomasa.

Tú que tampoco has cursado
 el amor, cómo has forjado
 tan maquiavélicos planes?

Ya te puedes comparar
 á las coquetas mas diestras.

Emilia.

Es que nacemos maestras
 en el arte de engañar,
 segun ellos; y he de ver,

dando cima á mi proyecto,
 si pueden tanto en efecto
 astucias de una muger.
 Pues no dices que en el mundo
 no hay hombre que ame de veras?
 ¿Cómo, pues, lograr esperas...
 Te diré en lo que me fundo.
 Di, pues.

Tomasa.

Emilia.

Tomasa.

Emilia.

Los hombres de amor
 en el hondo laberinto
 con equivocado instinto
 vagan de uno en otro error.
 Si almas llegan á encontrar
 tiernas, consecuentes, fieles,
 ingratos, ciegos, crueles
 no las saben apreciar;
 y siempre van á prendarse
 de quien menos lo merece
 y no los ama: parece
 que les impele á engañarse
 oculto poder. Asi,
 si yo de veras le amara
 de su amor desconfiara:
 no le amo, él me amará á mi.
 Bien; pero si tú en el juego
 te llegas á interesar...
 Quien no se quiera quemar
 no se arrime mucho al fuego.
 Yo interesarme, y horror
 me inspira?

Tomasa.

Emilia.

Tomasa.

Mira no llores
 al fin... Burlas en amores?

Emilia.

Tomasa.

Emilia.

Tomasa.

Emilia.

Tomasa.

No hay burlas con el amor.

De tus temores me río.

Yo de tu seguridad.

Llorarás tu ceguedad.

En mi firmeza confío.

Tú ayudarás mi intencion.

Yo ayudarte? No lo haré.

Por qué? Dime.

Crees tú que

tengo tan mal corazon?

:

- No, prima. Qué desatino!
 Pobre don Carlos! A él, tan
 elocuente, tan galán,
 engañarle como á un chino!
 Es un cargo de conciencia:
 hacer á un hombre sufrir...
Emilia. Ya no tardará en venir.
Tomasa. A Dios, que con mi presencia
 no quiero yo autorizar...
Emilia. Qué compasiva! El secreto
 guarda al menos.
Tomasa. Si, prometo...
 Crueldad es! (Yo he de estorbar...) (*Vase.*)

ESCENA IV.

EMILIA.

Será crueldad?... No lo es:
 yo debo tomar venganza
 por todas nosotras, si:
 y además, esta mañana
 en mi orgullo de muger
 me ofendió: justa es mi causa.
 Ajaré su vanidad,
 castigaré su arrogancia
 y su presuncion... Llamaron?
 (*Se oye la campanilla.*)
 Él es. La astucia me valga.

ESCENA V.

DON CARLOS. — EMILIA.

- Carlos.* (Emilia... Ahora va á ser ella...
 Aun estará incomodada...
 Que por ser condescendiente,
 contra mi gusto... Malhaya!)
 Señora...
Emilia. (*Con amabilidad.*) Muy bien venido,
 señor don Carlos.
Carlos. (Me estraña...)
Emilia. Sirvase usted...
 (*Suplicándole que se siente.*)

Carlos. (Sentándose.) (Pues parece que no está muy enfadada.)

Emilia. Usted extrañará sin duda...
Como me fui esta mañana con aquel brusco arrebató... Me alegro de que usted haya vuelto para disculparme...

Carlos. De qué? Si bien se repara quien mas debe disculparse soy yo, pues en la animada discusion que sostuvimos tal vez pude disgustarla.

Emilia. Sí, confieso que al principio...
Ya se ve, como usted hablaba mal de mi sexo... Mas luego reflexioné que no hay nada de extraño en que profesemos opiniones tan contrarias.

Carlos. Usted es muy razonable.
(Y qué linda es! Y qué gracia... Y casarse con Ramon...

Por cierto que es una lástima.)
Con que, al fin, está usted ya algo mas desengañada de su odio contra los hombres?

Emilia. Tengo opinion menos mala.

Carlos. (Es que yo no reparé...)

Qué ojos! Hay en su mirada una de esas atracciones poderosas, instantáneas, que no sabe uno explicarse, mas que le llegan al alma.)

¿Y está usted ya convencida de que...

Emilia. Poco á poco: falta mucho para convencerme!

Pero, si he de serle franca, el ver en usted un carácter tan firme, el ver que, aunque erradas, sostiene sus opiniones con dignidad y constancia, me ha reconciliado un poco

Carlos.

con todos los hombres. **Gracias.**

Emilia.

(Pues tiene mucho talento.)
Y luego, como tan rara
vez emplean la franqueza
con nosotras, nos agrada
hallar un hombre sincero,
como usted, cuyas palabras
no esten por la falsedad,
ni la adulacion dictadas.

Carlos.

Cierto... Usted me favorece.
(Oh! me turba esa mirada.)

Emilia.

(Esto va bien.)

Carlos.

Sabe usted
que no adivino la causa
porque aborrece á los hombres?
Donde quiera que usted vaya
abundará de ellos obsequios,
admiracion, alabanzas...
Verdaderas?

Emilia.
Carlos.

Dirigiéndose
á usted no pueden ser falsas.
Qué! tambien adulador!

Emilia.
Carlos.

No... (Pues no iba á requebrarla!)
Vamos, si no me conozco:
no sé lo que por mí pasa.)

Emilia.

La causa pregunta usted?...
Quiere usted que le sea franca?
Pues bien, voy á descubrirle
hasta el fondo de mi alma.
Yo tengo poca experiencia
en amor, pues en temprana
edad unida á un anciano,
que respeto me inspiraba
mas que cariño, viví
sino feliz resignada
con él: quedé viuda, y viendo
mugeres mil desgraciadas
por amar hombres ingratos
que no han sabido apreciarlas,
viendo que siempre en amor
se pagan dichas con lágrimas,

que pocas veces se encuentran
de un mismo temple dos almas,
que lleguen á comprenderse,
y temiendo ver burlada
mi ternura; hice propósito
de no amar.

Carlos.

Tuve igual causa
para huir de las mugeres;
solo que en mi es desgraciada
esperiencia lo que en ella
de ser prevencion no pasa.

Emilia.

Veo que nos comprendemos.

Carlos.

Es verdad: hay semejanza
en nuestras ideas.

Emilia.

Cierto.

Y ya ve usted, son fundadas
nuestras mútuas prevenciones...

Y como á locos nos tratan!

Carlos.

No nos comprenden.

Emilia.

Oh! Yo

le hago á usted justicia.

Carlos.

Gracias.

Y yo la admiro á usted, Emilia.

Oh! que esa desconfianza
que tiene usted en amar
es muy justa, si, que un alma
como la de usted no encuentra
otra que pueda igualarla.

Emilia.

Tal vez me he forjado en sueños,
á pesar de mi estremada
prevencion, entre los hombres
uno en quien via cifradas
cuantas nobles cualidades
mi corazon anhelaba.

Carlos.

Oh! yo tambien he buscado
largo tiempo, sin hallarla,
la creacion ideal
que en mis sueños me forjaba.

Emilia.

Un hombre noble, sincero...

Carlos.

Una muger pura, cándida...

Emilia.

Constante...

Carlos.

Firme y sencilla...

Emilia. Con pasion...
Carlos. Enamorada...
Emilia. Tierno...
Carlos. Amable...
Emilia. Complaciente...
Carlos. Sensible...
Emilia. Fiel...
Carlos. Confiada...
Emilia. Que tenga talento...
Carlos. Hermosa...
Emilia. En efecto... Pero vaya
 usted á buscar asi
 un hombre!
Carlos. Pues dónde se halla
 una muger semejante?
Emilia. Tal vez le habrá...
Carlos. Tal vez la haya.
Emilia. Usted...
Carlos. Ah!
Emilia. (Qué es lo que he dicho?)
 (Va á hablar; pero estoy turbada
 yo tambien, á pesar mio.)
Carlos. Emilia, yo...

ESCENA VI.

DON RAMON. — DICHOS.

Ramon. Hola! Aqui estabas?
Emilia. (Necio!)
Ramon. A usted vengõ á buscar,
Emilia. Emilita.
Ramon. A mi?
 Si; pues
 de un asunto de interes
 su papá la quiere hablar.
 De un asunto del que espero
 hoy mi dicha, si consigo...
 Mas pues aqui está mi amigo,
 permita usted que primero
 apoyado en su favor,
 y en caso tan oportuno,

la recuerde uno por uno
los méritos de mi amor.
(Pesado cuento ha de ser;
mas tambien puede ayudar
mi intencion.)

Emilia.

Ramon.

Quiero callar

aquí, por no parecer
pesado, la obstinacion
con que la quiero há dos años,
sin que tantos desengaños
entiviaran mi pasion;
pues sin ver en usted trazas
de encontrar correspondencia,
he llevado con paciencia
tantas veces, calabazas.
Ni por modestia hablaré
de méritos personales;
aunque ellos en fin son tales,
que bien pueden... Digo... Eh?
Solo la quiero advertir
que tanto su amor me asedia
que, si Dios no lo remedia,
me voy por usted á morir.
Y es tanta mi decision,
que por complacer á usted
soy capaz... De qué diré?
De echarme por un balcon.
Ser el marido la ofrezco
mas complaciente... Yo á todo
facilmente me acomodo:
usted manda y yo obedezco.
Que por cierto no he de ser,
aunque del uso me aleje,
el primero que se deje
gobernar de su muger.
Ah! la tengo á usted un amor!...
(Tonto! y querrá que le quiera...
Como si él la mereciera...)
Háblala tú en mi favor,
dila algo.

Carlos.

Ramon.

Carlos.

Ramon.

Yo?

(A Emilia.) Verá usted

Emilia. cómo la dice mi amigo...
Carlos. Qué dice usted? (*A don Carlos.*)

Carlos. Nada digo:
yo en este asunto no sé...
Emilia. Teme usted que desatienda
el amor que me dedica?

Carlos. Ya oye usted cómo se esplica,

Emilia. él mismo se recomienda.
(Punzante es el epigrama;
fingiré que no le entiendo.)
Pues mire usted, voy creyendo
en efecto que me ama.

Ramon. A tan constante pasión
es preciso que convenga...

Eso; y aunque yo no tenga
todo lo de Salomón,
y no me esplice jamás
con circunloquios, ni flores,
dice un refrán que en amores
el mas tonto sabe mas.

Emilia. Ay, Emilia encantadora,
si mis obsequios pretéritos...

Emilia. Siga usted haciendo méritos,
ya veremos: por ahora,
aunque no digo que sí,
tampoco digo que no.

Ramon. ¿Con qué podré esperar... Oh!
Carlos. (Buen papel hago yo aquí.

Le querrá ella? No es posible,
fuera un absurdo... Si; pero
como de esos...)

Ramon. (*Que sigue hablando con Emilia.*)

Oh! la quiero
tanto...

Emilia. Si?

Carlos. (Esto es insufrible!

En fin, qué me importa á mi?
Mas ya se ve, ¿á quién no irrita
que siendo ella tan bonita...
Es una lástima, si.)

Ramon. Usted me ha de amar, preciso.

Emilia. Veremos.

Ramon.
Emilia.

Oh! yo quisiera...
Pero mi padre me espera...
Señores, con su permiso.

ESCENA VII.

DON CARLOS. DON RAMON.

Ramon.

Carlos, no ves en mi faz
retratada la alegría?

Carlos.

Emilia al fin será mia.

Ramon.

Bien, hombre: déjame en paz.

Es Emilia tan hermosa!

Comprendes tú cuán dichoso
deberá ser el esposo

de tan hechicera esposa?

Carlos.

No me rompas la cabeza.

Ramon.

Cuando tenga un pimpollito...

Oh! que será tan bonito,

si á su madre en la belleza

se parece... No es verdad?

(Verdugo!)

Carlos.

Ramon.

Feliz seré,

y todo le deberé,

caro amigo, á tu amistad.

A tí, sí, que generoso

por mí te has interesado,

y en Emilia has efectuado

cambio tan maravilloso.

Pues en dos años que estoy

queriéndola como un niño,

tan propicia á mi cariño

nunca la encontré como hoy.

Te doy gracias.

Carlos.

No hay de qué.

Mas tu gozo aun no concibo,

que muchos en el estribo

se suelen quedar á pie.

Ramon.

Oh! ya no temo percance...

Su padre ahora la ha llamado,

porque está determinado

á hacer que hoy á todo trance

le dè gusto, y como ella
va á mi favor inclinada,
resistirá poco ó nada
y se avendrá sin querella.
Si sale como imagino
te debo mi dicha toda.
Mañana será la boda,
y tú serás mi padrino.

ESCENA VIII.

DON CARLOS.

Yo tu padrino?... Primero...
Ni te casarás con ella,
que yo consentir no quiero
que se lleve un majadero
muger tan discreta y bella.
Pero qué digo? En rigor
nada tengo yo que ver...
¿Quién me mete á mí, señor...
A Emilia tengo yo amor
acaso? (*Reflexionando.*) Bien puedè ser.
Y qué nombre podrè dar
á este interes que hoy en mí
Emilia supo inspirar?
Cómo á estos celos llamar?
Amor es esto, sí, sí.
Mas cómo tan obcecado
mis propósitos olvido?
Qué es esto? Yo enamorado?
En mi corazon fiado
mi corazon me ha vendido!
No eres tú aquel que juraba
no amar, que en si confiaba?
Tan débil corazon eres?
Y no soy yo aquel que hablaba
tanto contra las mugeres?
Oh! Emilia es una escepcion,
hay en ella corazon...
Mas no; todas son lo mismo:
frivolidad, presuncion,

inconstancia y egoismo!
 Hoy mi pasada experiencia
 me librará de este asedio,
 pues de amor en la dolencia
 el mas eficaz remedio
 es el remedio de ausencia.
 Vámonos sin mas tardar
 antes que otra vez los dos...

ESCENA IX.

DON CARLOS. EMILIA.

- Emilia.* Usted me ha de dispensar
 por haberle hecho esperar.
Carlos. (Emilia! Estaba de Dios.)
Emilia. Se iba usted ya? Oh! lo sintiera:
 de tanta prisa me quejó;
 y, antes de que usted se fuera,
 señor don Carlos, quisiera
 pedir á usted un consejo.
 Está mi padre empeñado
 en casarme; á la verdad
 nada conmigo ha alcanzado,
 porque yo siempre he temblado
 el perder mi libertad.
 Mas hoy vuelve á importunarme
 con mayor obstinacion,
 se empeña en que he de casarme
 al momento, y quiere darme
 por esposo á don Ramon.
 Yo, por no hacerle sufrir,
 no acierto ya á resistir,
 ni me atrevo á obedecer
 tampoco... Y vine á pedir
 por esto su parecer.
Carlos. Mi parecer? (Confusion
 estraña!) ¿Y cómo acertar...
 Creo que en esta ocasion
 se debe usté aconsejar
 de su mismo corazon.
Emilia. De mi corazon? Ayer

solo de él me aconsejara,
 mas hoy ya no puede ser.
Carlos. Ayer sí? Cosa mas rara!
 Y hoy ya no? ¿Cómo entender...

Emilia. Cuando venga de corrida
 tropel de casos estraños
 que nuestra suerte decida,
 tendrá un instante en la vida
 el valor de muchos años!
 El soplo de un pensamiento,
 basta á turbar nuestra calma,
 que es de frágil fundamento
 y trastornan su cimiento
 las tempestades del alma.

Carlos. Vivir tranquila pensé...

Emilia. Pues quién su dicha turbó?

Carlos. Ah! por qué ha venido usted?

Emilia. Oh! ¿Luego por mí... No sé

lo que he dicho...

Carlos. Si.

Emilia. No, no.

Quise decir que obstinada
 con mi opinion y tranquila
 viví con ella olvidada,
 y que ahora mi fé vacila,
 y que temo...

Carlos. (Está turbada.

Y esa estraña turbacion,
 sus palabras... Qué sospecho?)

Emilia. (Por qué lates, corazon,
 tan agitado en el pecho?

Quieres hacerme traicion?)

Carlos. (Desechemos tal locura.)

Emilia. (Venzamos esta flaqueza.)

Jesus! qué triste figura

hacemos!... Cosa es segura

que he perdido la cabeza.

Le estoy á usted asustando...

Ja... ja... si es cosa de risa...

De qué estábamos hablando?

Ah, si: de que me precisa

- mi padre... (Se está burlando?)
- Carlos. Por qué no me he de casar
 Emilia. con don Ramon? Mi altivez
 humillaré ante el altar...
 Pero le podré yo amar?
 Ha amado usted alguna vez?
- Carlos. Si algunas veces creía
 en otro tiempo que amaba
 mi error pronto conocia,
 fuego que tan mal ardía
 facilmente se apagaba.
- Emilia. De amor en la falsedad
 temo por eso engañarme:
 nada sé de él, que en verdad
 poco amor pudo enseñarme
 esposo de mucha edad.
 Por eso saber quisiera
 yo si don Ramon su amigo...
 Vamos á ver, si usted fuera
 quien se casara conmigo,
 queriéndome bien, qué hiciera?
- Carlos. A ser tan feliz, alzando (Con fuego.)
 en mi corazon un templo
 la estuviera á usted adorando,
 su belleza contemplando
 como ahora la contemplo.
 A ser tan feliz, me hallara
 siempre fiel, sumiso, amante,
 nunca de usted me apartara,
 y en sus ojos me mirara
 cual me miro en este instante!
- Emilia. Oh! si. Qué muger podría
 resistir á tal pasion?
 Quién dichosa no seria?
 Quién en premio no daría
 alma, vida y corazon?
- Carlos. Emilia, lo que usted acaba
 de decir...
- Emilia. (Cambiando de tono.) Oh! su papel
 ha hecho usted bien: me olvidaba
 de que era mentira.

Carlos.

Hablaba

Emilia.

con el corazón, y en él...
 Qué niños somos! Cualquiera
 que hablar así nos oyera...

Carlos.

(Otra vez vuelve á reirse!)

Emilia.

Cierto, que quien esto viera
 bien pudiera presumirse...

Carlos.

Emilia, Emilia, por qué
 me hace usted penar así?

Emilia.

Pues yo que le digo á usted?

Carlos.

Lo que en mí pasa no sé...

Emilia.

Pero yo la amo á usted, si!

Cómo! Usted? Pues no tenía
 á mi sexo tanto horror?

Carlos.

Era porque no sabía
 que en el universo había
 muger tan digna de amor.

Emilia.

(Su voz mi pecho conmueve,
 mal se cumple mi venganza.)

Carlos.

Diga usted, Emilia, que debe
 esperar quien no se atreve
 ni aun á tener esperanza.

Emilia.

(Oh! me ha inspirado interes...

Carlos.

Amor, qué traicion es esta?)

Emilia.

Responda usted.

Carlos.

No, despues...

No me alzaré de sus pies
 hasta que me dé respuesta.

Decida usted aquí mi vida,
 ó mi muerte.

Emilia.

(Ay! que á su ruego
 tengo ya el alma rendida!)

Gente viene. (Soy perdida!)

A Dios, hablaremos luego.

(Vase precipitadamente.)

ESCENA X.

DON CARLOS. Despues TOMASA.

Carlos.

Dios maldiga al importuno...

Pero qué puedo dudar?

Harto me han dicho sus ojos,
su turbacion... Me ama ya!
Luego hablaremos, me ha dicho...
Hay mas dichoso mortal!
El amor de tal muger
será la felicidad!

Tomasa. (Saliendo.)

Muy buenas, señor don Carlos.
Carlos. Saludo... (Vieja infernal,
tú has sido... De viejas es
el oficio de estorbar.)

Tomasa. Cómo aqui tan solitario?

Carlos. Ha visto usted á Emilia ya?

Tomasa. No señora. (Por si acaso
sospecha quiero negar...)

Carlos. Pues me alegro de avisarle
á buen tiempo. Nos oirán?

Tomasa. Nadie nos oye. (Qué diablos
es esto?)

Carlos. Pues á cantar
voy de plano cuanto sé.

Tomasa. Hable usted.

Carlos. Emilia está
furiosísima contra usted.

Tomasa. Pues sino es mas que eso, estar
puede usted tranquila.

Carlos. Cómo!

Tomasa. Es que se quiere vengar:
es que va á tenderle un lazo

Carlos. en que usted incauto dará,
sino escucha mis consejos.

Tomasa. Pero sepamos qué hay.

Carlos. Hay que quiere á toda costa
la altivez de usted humillar,

Tomasa. que quiere hacerle creer
que ha olvidado todo ya

Carlos. y aun fingir que está dispuesta
la opinion de usted á adoptar:

Tomasa. todo esto con el fin
de halagar su vanidad

Carlos. para engañarle mejor.
Despues le alucinará

con falsas coqueterías
y engaños, hasta lograr
que usted la ame...

Carlos.

(Será cierto?)

¿Qué dice usted?

Tomasa.

La verdad.

No hace media hora que aquí
dijo ella misma que está
resuelta, después de hacerle
por mucho tiempo penar,
á darle á usted calabazas;
dando, en fin, cima á su plan,
con ponerle á usted en ridículo
en toda la sociedad.

Carlos.

Esto es horrible!

Tomasa.

Espantoso!

Es una idea infernal!

Dése usted por advertido;
no se deje usted engañar,
y tenga también presente
(válgame Dios, qué galán!)
que quien así le previene
no le quiere á usted muy mal.

(Vase.)

ESCENA XI.

DON CARLOS.

Con qué era todo fingido?

Su turbación, sus miradas

eran farsas estudiadas?

Necio, y no lo he conocido!

Que me haya burlado siento!

Y yo que la amaba ya!

Bien empleado me está:

á ver si de esta escarmiento.

Mujeres, cómo creer

en vuestras demostraciones,

si en tan pocas ocasiones

os podemos comprender?

Suele uno alegrarse necio

cuando una sonrisa alcanza!

Quién sabe si es de esperanza?
 Quién sabe si es de desprecio?
 Cuando llorais es crueldad
 negaros lo que quereis...
 Las lágrimas!... Las vertéis
 con harta facilidad!
 Que por vosotras seamos...
 Pero, no; teneis disculpa:
 de nosotros es la culpa
 que jamas escarmentamos.
 Siempre os hemos de querer,
 y nos habeis de engañar?
 No me volveré á fiar
 en palabras de muger! (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON MIGUEL. EMILIA.

Miguel.

Consuelo de mi vejez
tu casamiento será !
Pues que dispuesta estás ya
á darme gusto esta vez ,
quiero que se solemnice
este suceso , hija mia ,
que me llena de alegría ;
y para esto avisar hice
á todos nuestros amigos ,
que pronto al baile vendrán ,
tu boda celebrarán ,
y serán de ella testigos.

Emilia.

Pues ; y que entre tanta gente
no he de poder retractarme ,
á riesgo de acreditarme
de loca ó de inconsecuente.
No eran tantas precauciones
necesarias.

Miguel.

¿Crees tú que...

Emilia.

Bueno ; mas no olvide usted
tampoco mis condiciones.
Usted quedará gustoso ,
no me retractaré , no ;
pero el que eligiere yo
aquel ha de ser mi esposo.

Miguel.

En todo tu voluntad
puedes hacer : si te veo

casada, es cuanto deseo.
En completa libertad
quedas para la eleccion,
y á quien la suerte le quepa...
(No tiene ella, que yo sepa,
mas novio que don Ramon...)
Dice usted que ha convidado
á nuestros amigos?

Emilia.

Miguel.

Emilia.

Miguel.

Si:
muy pronto estarán aqui.
Ninguno se le ha olvidado?
Don Carlos, su nuevo amigo...
Habia yo de olvidarle?
Don Ramon ha ido á buscarle
y aqui le traerá consigo.
Pues! Como que á él le debemos
el cambio que en ti se advierte.
Al fin logró convencerte,
y las gracias le daremos.
Oh! previene en su favor
el tal don Carlos, si á fé:
y es guapo... Lástima es que
profese á tu sexo horror;
sino... Pero ya á venir
empiezan los convidados...
—Mas de treinta hay invitados!—
Yo los voy á recibir.
Los llevaré á la otra sala
que he mandado preparar...
Tú te puedes ataviar;
yo me he puesto ya de gala. (Vase.)

ESCENA II.

EMILIA.

Al fin me voy á casar
pero no con don Ramon.
Oh! puedo en el corazon
otra esperanza abrigar.
Don Carlos me ama, si, si;
á mis pies lo ha confesado;

y su amor ha despertado
 otro igual amor en mí.
 En la red que le tendía
 he caído: fue un error...
 No hay burlas con el amor,
 bien mi prima me decía.
 Casi siempre lo que hacemos
 contradice á lo que hablamos,
 y en lo que mas censuramos
 tal vez mas pronto caemos.
 Yo, que quise aborrecer,
 acabé al fin por amar!
 Pero no puede humillar
 mi vanidad de muger
 haber al fin sucumbido,
 pues él que mi sexo odiaba,
 que tanto contra él hablaba,
 se ha visto á mis pies rendido.
 Sentimiento y reflexion
 suelen ser incompatibles,
 pero son mas inflexibles
 las leyes del corazon.
 A obedecerlas me allano:
 á don Carlos prometí
 respuesta... El obtendrá, si
 mi corazon y mi mano. (Vase.)

ESCENA III.

DON CARLOS. DON RAMON.

Ramon. Gracias á Dios que al fin pude
 traerte. Te desconozco
 hoy: di, qué diablos te pasa?
 Por qué estás tan melancólico?
 Y ese empeño en no querer
 venir... Vaya, estoy atónito!

Carlos. No te canses: son rarezas
 de mi genio.

Ramon. Qué demonio
 de rarezas!... Pero, hombre
 de Dios, cuando voy yo propio

á buscarte, como has visto,
y don Miguel, que ante todo
ha pensado en tí, me envia
á convidarte. ¿Tan poco
aprecio, atencion tan poca
te merecemos nosotros
que así quieres desairarnos?

Carlos.

No; pero cierto negocio
me precisaba, y por eso...

Ramon.

Déjalo. Esta noche solo
se trata de celebrar
mi suspirado consorcio.

Carlos.

Ramon.

(Se casa con él!) Emilia

aun no ha accedido del todo
á ser mia; mas se aviene
á contraer matrimonio,
y la eleccion se reserva.
Yo soy el único novio
que tiene, con que aunque elija
creo que no es muy dudoso...

Cuando hay solo un candidato
no se dividen los votos.

Carlos.

Ramon.

Bueno: pues adios te queda...

Quieres marcharte? Estás loco?

Oh! no lo consentiré.

Cuando voy á ser dichoso
por tí, justo es que presencias
tambien... Qué dirian todos?

Qué diria Emilia?

Carlos.

(Es cierto.

Creeria que yo celoso,
despechado... Y se reiria.

No; ocultemos en el fondo
del corazon el pesar,
el despecho, si, y que solo
la indiferencia, el desprecio
se revelen en mi rostro.)

Ramon.

Carlos.

Ramon.

Qué estás pensando?

Me quedo.

Bravo! Y desecha ese tono
de disgusto; baila, rie,

diviértete : de algun modo
se ha de pasar esta vida
miserable.

Carlos.

(Si ; es forzoso
que yo la vea otra vez.

Como ella piensa que ignoro...

Oh ! desprecio por desprecio
la volveré, odio por odio !)

Ramon.

Yo creo, y es la verdad,

que ese humor tétrico, solo

procede de ese odio extraño

que tienes al sexo hermoso.

No sé qué tiene su trato

que trueca á un leon furioso

en apacible cordero.

Tiene un hombre el genio hosco,

altivo, poco tratable ?

Nada ; casarle. Ya es otro : al

su muger le domestica,

le hace ser... mas manso.

Carlos.

Ramon.

(Estólido !)
Por eso quiero casarme.

Tengo yo en el matrimonio

mucha fé, seré un bendito.

Carlos.

Ramon.

No lo dudo.

Y, á propósito,

sabes que siento que tú...

Dime, acá para nosotros...

Sigues con la misma tema ?

Carlos.

Ramon.

La he modificado un poco.

Ya decia yo que al fin

habias de...

Carlos.

Ahora conozco

que somos peor los hombres.

Ramon.

Carlos.

Ahora salimos...

De todo

cuanto ellas hacen tenemos

la culpa.

Ramon.

Carlos.

Ramon.

Por qué ?

Por tontos.

Siempre mordaz... Vaya, adios.

Voy adentro á ver si logro

que Emilia... Si tú la ves
háblala de mí.

Carlos.
Ramon.

Sí. En todo
confío si tú...

Carlos.
Ramon.

Descuida.
(Este amigo es como pocos.)

ESCENA IV.

CARLOS. *Después* EMILIA.

Carlos.

Anda al diablo, que por tí...
Si yo no hubiera venido
ni á esa Emilia conocido...
¿Y quién me mandaba á mí...
Cómo se reirá creyendo
que yo... Mas tengo esperanza
de que he de tomar venganza:
ella seguirá fingiendo,
y así podré... Aquí está ya.
(*Que sale.*) (El es.) Don Carlos...

Emilia.
Carlos.
Emilia.
Carlos.

Tan solo aquí?...
Estaba ahora
pensando en usted.

Señora...

Emilia.
Carlos.

En mí? (Ah!)
Digo en usted porque siendo
su sexo en lo que pensaba
tambien á usted la tocaba...
En mi sexo? Ya comprendo.
¿Desistió usted...

Carlos.

Ya satirico
de él á hablar no volveré,
y en todas partes haré
su elogio, su panegirico.
A conocerle he aprendido
en usted.

Emilia.
Carlos.

Gracias.
Oh! no;
esta es justicia que yo
la debo. Me ha convencido.

Emilia.
Carlos.

Me alegro.

Podré decir

ya desde hoy que es la muger
un angel (caído)... un ser
que no acierto á definir,
que de tanta perfeccion
que en ella puede admirarse
lo que mas debe estimarse
de todo es su corazon.

Emilia.

(No sé qué noto en su acento...

Ah! tal vez...) Usted sabrá

que al fin he cedido ya,
y que hoy debe un casamiento.

Carlos.

Si señora! Y doy á usted
el parabien mas cumplido:
Ramon será un buen marido.

Emilia.

(Tiene celos.) Aun no sé
quién ha de ser... De eleccion
libre derecho me queda,
y ¿no habrá alguno que pueda
fiar mas que don Ramon...
Alguno?

Carlos.

Emilia.

(Así le hago ver

que en mí no ha habido mudanza.)

Carlos.

(Esto es darme una esperanza...
Quién vió mas falsa muger!)
Con que alguno?

Emilia.

Carlos.

Alguno, sí.

Emilia.

Hola! ¿Y quién es el dichoso...

Carlos.

Creo que no es muy dudoso.

Emilia.

Un enigma es para mí.

Carlos.

¿No adivina usted...

Emilia.

No tal.

Carlos.

Oh! pues si yo adivinase...

Emilia.

Bastara que recordase...

Carlos.

Es mi memoria fatal!

Emilia.

Cómo! Al verme tan cambiada,

al saber que hago eleccion

hoy de esposo, el corazon

nada le dice á usted?

Carlos.

(Poniendo la mano sobre el corazon.) Nada.

Emilia.

(Se burla?)

Carlos.

Me hace reír... esta tema que tenemos.
Pobre corazón! Queremos
que diga... Y qué ha de decir?

Emilia.

Es el corazón el foco
de toda pasión, y obliga...

Carlos.

Querer que todo lo diga!
Suele decirnos tan poco!

Emilia.

Dejemos el fingimiento;
que á los dos nos está mala.

Carlos.

Yo fingir? Oh! no; no tal:
solo digo lo que siento.

Emilia.

Lo que siente usted? Prefiere
que en este tono en que hablamos
prosigamos?

Carlos.

Prosigamos.

Emilia.

Sea, pues, como usted quiere.
Usted que á punta de lanza
su sexo aquí defendió
hoy mismo, y que se estendió
tanto y tanto en su alabanza,
¿podrá decirme si debo
creer las palabras de un hombre...
Escuso decir su nombre.

Carlos.

Creer palabras? No lo apruebo!
Palabras! De hombre ó muger
usted sabe, á no dudar,
que suelen siempre engañar,
que no se deben creer
Y que en mas de una ocasión
de la ingenuidad en mengua,
dice una cosa la lengua
y otra siente el corazón.

Emilia.

Dónde está pues la verdad?

Carlos.

Ni aun memoria de ella existe:
como es seria, austera y triste,
no agrada en la sociedad.

Emilia.

¿Amor es...?

Carlos.

Sombra fantástica
en el hombre y la muger.

Emilia.

Y el corazón?

Carlos.

Suele ser

Emilia.

en ambos... de goma elástica.

Luego entre todos los seres
no hay fé?

Carlos.

Verdad lastimosa!

Emilia.

¿De modo que...

Carlos.

Que no hay cosa

Emilia.

peor que hombres y mugeres.

Basta. Veo que no hay nada

á que dar crédito pueda.

Carlos.

Con su permiso... (Ya queda

su vanidad castigada.) (Vase.)

ESCENA V.

EMILIA.

Qué es esto? A mí tal desaire,

cuando le he visto á mis pies?

Creer en los hombres es

fundar torres en el aire.

Pero de qué ha procedido

tal mudanza en un momento?

Mas qué dudo? No es portento,

si se vió correspondido.

Hombres, que siempre adorais

cuando os pagan con desden,

y de quien os quiere bien

el cariño despreciais,

desgraciada la que fia

en vosotros... Mas qué digo?

De mi error sufro el castigo,

la culpa de todo es mia.

Mia... mas suya tambien:

me engañó con tales modos.

Que el diablo cargue con todos

los hombres, amen, amen!

ESCENA VI.

DON RAMON. — EMILIA.

Ramon.

O, Emilita encantadora,

- me alegro de hallarla , que quisiera... Pues viene usted muy apropósito ahora !
- Ramon. Quisiera, pues, con certeza saber, ya que he sostenido la oposicion á marido, si recaerá en mi cabeza la eleccion : pues aunque espero por no haber mas pretendiente lograrla , estoy impaciente por dejar de ser soltero.
- Emilia. Qué cansada pretension !
- Ramon. Qué empeño de perseguirme !
- Emilia. Mas lograré... Si ; aburrirme con su eterna obstinacion. Cese usted de pretender, y de mi lograr no espere... Cuando una muger no quiere no hay quien la obligue á querer. (Vase.)

ESCENA VII.

TOMASA , que ha oido los últimos versos. — DON RAMON.

- Ramon. Oiga usted... Ja !... ja !... Magnifico !
- Tomasa. Me ha pegado á la pared !
- Ramon. Qué la he hecho yo ? Estoy atónito !
- Tomasa. Doy á usted el parabien. (Con ironía.)
- Ramon. Muchas gracias. (Vieja cócora !)
- Tomasa. Esto se llama tener fortuna en amores. (Lástima de lengua cortada.)
- Ramon. Bien , muy bien !
- Tomasa. (Por vida !)
- Ramon. Es un éxito muy halagüeño , desques de dos años...

Ramon.

Tomasa.

Ramon.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

Tomasa.

(Ay, cantárida!)

Aun pensará usted en ser

mi primo; aun hará usted cálculos...

Pues bien, si señora. Y qué?

Yo soy amante impertérrito.

No porque Emilia esta vez

haya pegado colérica

conmigo, no sé por qué,

renunciaré yo á la placida

esperanza de obtener

su blanca mano. — A propósito...

(La haré rabiar.) Diga usted,

cuándo la dicha sin límites

tendremos al fin de ver

su matrimonio?

(Ah, malévolo!)

(El lado flaco acerté.)

¿Piensa usted (me aboga la cólera!)

que el no casarme yo es

porque no hallo nadie... Engañase!

Aquí donde usted me ve

no soy tan vieja; aun me es lícito

pensar en casarme; pues!

Qué edad represento? Dígame.

Poca. Representa usted...

— Oh! sin discrepar ni un ápice —

la edad de Matusalem.

Cómo! Insolente!

Sosíguese.

Tal vez me equivocaré

en algún año, si; dícese

que vivió Matusalem

novecientos y... Esactísimo!

Usted no debe tener

mas que ochocientos y...

Picará!

Infame! Váyase usted.

Se está burlando, en ridículo

me pone!... — Me vengaré.

Cómo?

Interpondré mi crédito

con Emilia para hacer

que mas le aborrezca.

Ramon. (Cáspita!)

Pues qué, se ha enfadado usted por una broma tan cándida?

Tomasa. Alabo la cándidez!

Ramon. Oh! yo conozco su mérito, y no ignoro que no es su edad tanta... Entre paréntesis,

(Con misterio.)

yo sé quién la quiere bien,

(Pensamiento felicísimo!)

Buena broma va á correr!)

Qué dice usté?

Tomasa.

Ramon. Un amigo intimo

que hoy por la primera vez

ha visto á usted aqui, oyéndola

hablar, despues que se fue

me dijo: Ramon, admirome,

esta es toda una muger.

Don Carlos?

Tomasa.

Ramon. El mismo.

Tomasa. Oh, júbilo!

Con que dijo eso?

Ramon.

Y despues,

poco há, cuando aqui veníamos,

me preguntó si era usted

soltera.

Tomasa. (Ay! ay! cuál palpitame

el coraron solo de

pensar...)

Ramon.

(La tragó.) Buen ánimo;

usted esposa ha de ser

de mi amigo Carlos.

Tomasa.

(Óigate

Dios.) Ah!

Ramon.

Vaya, hasta despues.

Si se pasó ya la cólera

de Emilita voy á ver.

ESCENA VIII.

TOMASA. *Despues* DON CARLOS.

Tomasa.

Será verdad que don Carlos
me ame? Qué dicha, Dios mio!
Y por qué no lo ha de ser?
No soy yo ningun vestiglo,
aun me conservo muy bien...
El viene... Qué distraido!
Estará pensando en mí.
(Por mas que hago no consigo
olvidarla.)

Carlos.

Hola, don Carlos...

Tomasa.

Carlos.

¿Quién... Ah... Señora... (Saludando.)

Tomasa.

(Qué tímido!

Será preciso animarle.)

Viene usted muy pensativo.

Carlos.

Yo?

Tomasa.

Sí; á qué negar? Confiese..

Carlos.

Sí; pensaba en... (Qué fastidio!)

Tomasa.

Ya sé yo en lo que usted piensa.

Ay!

Carlos.

(Estupendo suspiro!)

Se pone usted mala?

Tomasa.

(Mas recio.)

Carlos.

Ay! No.

Tomasa.

Pues qué tiene usted?

Ay, Dios mio!

Carlos.

Tengo... que está usted aquí.

Tomasa.

Pues me irá.

No lo permito.

Lleva usted hasta ese extremo

el disimulo? Qué tímido

es usted!

Carlos.

(Cómo! Qué dice?)

Tomasa.

No soy ningun basilisco...

Carlos.

Pero...

Tomasa.

Tambien soy sensible.

Carlos.

(Qué miradas... Ya adivino!

Esto solo me faltaba!

Tomasa.

(Y aun calla!) Tan cruel he sido
con usted, que no se atreve

á hablar? Bastante le han dicho mis ojos... *(Como ruborizada.)*

Carlos. Si... Si, señora...

Tomasa. Ah! nos hemos entendido por fin: estamos de acuerdo.

Carlos. Mas si yo... *(Qué compromiso!)*

Tomasa. Oh! qué bien nos entendemos!

Carlos. Mucho, si. *(Cargue contigo el diablo!)*

Tomasa. Mi prima viene con don Ramon. *(Ay, Dios mio, qué envidia me va á tener!)*

ESCENA IX.

EMILIA. DON RAMON. — DICHOS.

Emilia. *(Don Carlos.)*

Ramon. Qué, no consigo de usted nada, Emilia hermosa?

Emilia. *(Démosle celos.)* Contrito está usted de veras?

Ramon. Mucho: y absolucion solicito; aunque, á la verdad, no sé qué delito he cometido.

Carlos. *(Que vea mi indiferencia.)*

que crea que á este vestiglo prefiero: mas sentirá

la ofensa su orgullo herido al ver por quién la desprecio.

(Sigue hablando aparte con Tomasa.)

Ramon. *(A Emilia.)* Y esa mano que codicio podré esperar que al fin premie mi afecto?

Emilia. *(Qué es lo que miro?)*

Tan galante con mi prima...

Y creo que no me ha visto.

Ahora mira. Don Ramon,

¿decia usted...

Ramon. Que el cariño

que la profeso es tan grande,

y estoy tan enternecido,

al ver que usted ya se humana,

- que lloro como un chiquillo de
de alegría!
- Emilia.* Dios me libre
de hombres llorones!
- Ramon.* Ya río,
sinó es mas que eso.
- Carlos.* (Qué diálogo
aquel!... El tal Ramoncito!)
- Tomasa.* Haremos pronto la boda?
- Carlos.* Muy pronto. (El día del juicio.)
- Emilia.* (Pues señor, bien por mi prima!
Qué lástima de angelito!
No tienen poco que hablar!)
Carlos. (Pues allí siguen lo mismo.
Una muger que á los hombres
aborrece!)
- Emilia.* (Es inaudito!
Un hombre que á las mugeres
no puede ver!)
- Carlos.* (Y ha tenido
buena eleccion!...)
- Emilia.* (Y se emplea
bien!...)
- Carlos.* (Yo salto...)
- Emilia.* (No resisto
mas...)
- (Carlos y Emilia, que desde el principio de la escena
han estado separados á los dos extremos del teatro,
hablando él con Tomasa y ella con Ramon, corren
ahora á encontrarse á un mismo tiempo.)
- Emilia.* Hola!
- Carlos.* Bien!
- Emilia.* Ya parece
que la aversion ha perdido
usted á las mugeres...
- Carlos.* Pues
usted á los hombres... digo!...
- Ramon.* (Perfectamente! Ahora Carlos
la habla en mi favor... Magnífico!)
A ver, doña Tomasita,
quiere usted venir conmigo
á buscar á don Miguel,
que preguntabá ahora mismo!

Tomasa. por usted? *(Bajo á don Carlos.)*
 Ramon. Yo... Nada, nada!
 Tomasa. Tome usted el brazo... *(Maldito!)*
(Bajo á don Carlos.)
 Ramon. *(No me olvidéis... Hasta luego.)*
(Que te portes como amigo.) *(Lo mismo.)*
(Vanse.)

ESCENA X.

DON CARLOS. EMILIA.

Carlos. Me alegro mucho de verla tan cambiada.
 Emilia. Yo tambien doy á usted el parabien. Cuánto debe usted quererla!
 Carlos. Mucho; si, señora.
 Emilia. Alabo la eleccion.
 Carlos. Es de alabar.
 Emilia. En algo se ha de apreciar un juicio maduro...
 Emilia. Al cabo mi prima es graciosa y bella y aunque las canas se tiñan, es una niña.
 Carlos. Una niña, pues.
 Emilia. Cátese usted con ella.
 Carlos. Como usted con don Ramon.
 Emilia. Al fin he reconocido...
 Carlos. Que es bueno para marido?
 Emilia. Que tiene buen corazon.
 Carlos. Oh! y es hombre de talento.
 Emilia. Tiene ideas... que son buenas.
 Carlos. Mucho! Todas las agencias se las apropia al momento.
 Emilia. Creo que para vivir en indisoluble union, se debe el buen corazon al talento preferir.

Carlos.

Será usted feliz con él.

Emilia.

Y por qué no? Así lo espero.

Es hombre leal, sincero,

me quiere, y me será fiel.

Dos años me sirvió amante

sin lograr favor ninguno.

Carlos.

Firmeza es...

Emilia.

Conozco alguno

que se precia de constante,

y no la ha tenido igual.

Carlos.

(Cuánto va á que ahora me culpa...)

Y no tiene el tal disculpa?

Emilia.

Puede disculparse mal

el que ardiente amor juró

de una muger á los pies,

y de sí mismo despues

sin motivo renegó.

Carlos.

Sin motivo?

Emilia.

Usted conoce

el prójimo á quien yo aludo?

Carlos.

No señora; pero dudoso

(Preciso es que yo me goce

en su confusion.) La historia

es sin duda verdadera;

mas otra contar pudiera

que me viene á la memoria

y á esa pudiera servir

de prólogo, y esplicar.

Emilia.

Dispuesta estoy á escuchar.

Empiece usted á decir.

Mi curiosidad despierta

esa historia, y me desvivo

por saber... Con que hay motivo?

¿Mas la historia será...

Carlos.

Cierta.

Figúrese usted un hombre

cruelmente desengañado;

que aborrecer ha jurado

de mugeres hasta el nombre,

que hoy, no sé por qué razón,

á pesar de su experiencia

sintió de una en la presencia

turbado su corazón;

no con ese amor del mundo
frívolo, inconstante, doble,
sino con un amor noble,
inagotable, profundo.
Y entonces sin vacilar,
creyendo que en ella hallaba
el ideal que buscaba,

se dejó nécio llevar
de la pasión que sentía,
habló, obtuvo una esperanza,
tuvo en ella confianza:
el que ama no desconfía!
Con todo, quién lo creyera!
la turbación que fingieron,
la esperanza que le hicieron
concebir, sabe usted qué era?

Una comedia en que él
amor y fe prodigando,
estaba representando
un ridículo papel.

Era un plan ya convenido,
una traidora asechanza,
una astuta y cruel venganza
del amor propio ofendido

(Oh! mi prima me vendió!
Todo lo comprendo ahora.)
(Se turba.) Qué tal, señora,
es cierta la historia ó no?
Quién se atreviera á culpar
al hombre que de este modo
engañado, ya de todo
llegara á desconfiar?

Juzgue usted en conclusion,
y diga si cree, en conciencia...
Que era muy torpe en la ciencia
del femenino corazón.

Cuando una mujer sin tino
siente ofendido su pecho
para el amor tiene hecho
ya la mitad del camino.
Aunque fueran muy fundados
sus proyectos de desden,
no sabe usted que también

Emilia.

Carlos.

Emilia.

hay juegos muy ariegados? on
 Mal resiste la razon... olóvri
 combate de amor violento; onja
 si él ha tomado al momento...
 por asalto el corazón! onja
 Carlos. Qué dice usted? onja
 Emilia. Nada y nada; le
 Siga usted desconfiando. onja
 Carlos. (Si me estará aun engañando? onja
 Oh! imposible!) Esa mirada...
 Basta, no hay mas que explicari...
 La culpa vino á tener... onja
 Emilia. Ser facil ella en creer! onja
 Carlos. Y él mas facil en dudar! onja

ESCENA ÚLTIMA

TOMASA, DON MIGUEL, DON RAMON. — DICHOS.

Miguel. Ea! ya llegó el momento :
 el notario nos espera.
 Emilia. (Temo que él no comprenderá...)
 Carlos. (Haberla ofendido siento.)
 Miguel. Pues no hay otro candidato
 no es dudosa tu eleccion ;
 da la mano á don Ramon !
 y firmemos el contrato.
 Ramon. Sí; que ya estoy deseoso
 de conseguir tal ventura.
 Carlos. (Todo hoy aqui se conjura...)
 Emilia. (Creo que está pesaroso.)
 Ramon. Calla usted? (A Emilia)
 Miguel. Volverte quieres
 atrás?
 Emilia. No: lo dicho, dicho ;
 pero es que tengo el capricho
 de casarme... por poderes!
 Miguel. Vaya por capricho.
 Emilia. Doy
 facultades á otro aqui
 para disponer de mí.
 Miguel. A otro?
 Emilia. Sí.
 Ramon. (En brásas estoy! on

Si es la vieja...)

Y quién es? Vamos.

Don Carlos.

(Ah!)

Me acomodo.

Yo tambien me avengo á todo.

(Si aun querrá...)

Nos conformamos.

Bien : pues don Carlos, que ya me ha debido comprender,

con absoluto poder,

de mi mano dispondrá

Temo aceptar á fé mia

encargo tan delicado.

Si yo me hubiese engañado,

Yo le desengañaria.

(Dios mio ! querrá vengarse,

ó es que en efecto me ama?)

(Quién ya feliz no se llama?)

(Buen chasco va ella á llevarse.)

(A Emilia.)

Tal vez presuntuoso y vano,

voy su enojo á merecer,

si en virtud de su poder,

uno su mano... á mi mano?

La acepto.

Luego es verdad

que usted me correspondia?

Ya ve usted.

Y yo creía...

Admiro mi ceguedad!

Del amor en que me abraso

la recompensa alcancé.

Pero qué es esto? Diga. (Muy admirado.)

Qué?

Que con Emilia me caso.

Usted me dispensará... (A don Ramon.)

Con que es decir que yo fui

á traer... Necio de mí!

Esto es : de fuera vendrá...

Y usted, don Miguel, ¿no ha oido...

Si; mas don Carlos me agrada,

y viendo á Emilia casada

mi deseo está cumplido.

Cátese con mi sobrina.

Ramon.

Gracias!

Tomasa.

Ya de esta escarmiento.

No mas hombres!

Ramon.

Me arrepiento

tambien. Carlos determina

casarse, cae en aquello

que mas censuró... Desde ahora

desengañado, señora,

aborrezco al sexo bello!

Emilia.

Bien hecho.

Carlos.

Pobre Ramon!

Mucho lo siento por ti.

Pero quién resiste!

¿Tan linda tentacion?

Ramon.

No; si yo te doy las gracias!

Mas al querer yo casarme,

te pusiste tú á augurarme

desgracias sobre desgracias.

Si ahora á ti en compensacion.

Carlos.

No, por Cristo!

Ramon.

Te incomodas?

Carlos.

Me tranquiliza que en todas

las reglas hay escepcion.

Miguel.

Y al fin, vale la muger

mas? O vale mas el hombre?

Emilia.

Qué sé yo... A fé de mi nombre...

No habrá mucho que escoger.

Carlos.

Es verdad: allá nos vamos

todos... En esto me fundo.

Mas qué hacer?... Tomar el mundo

del modo que le encontramos.

Si hay traiciones femeninas

que desconfiar nos hacen,

pensemos que tambien nacen

florès entre las espinas.

No hablemos mal unos de otros,

pues debemos, en conciencia,

pedir desde aqui indulgencia

por ellas y por nosotros.

FIN DE LA COMEDIA.